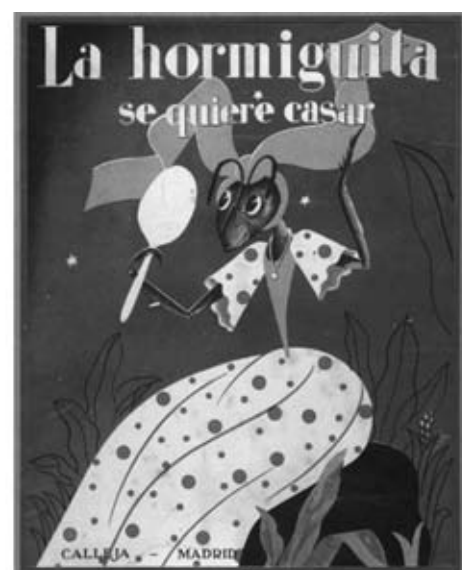


Tan lejos, tan cerca

Mónica Lavín

¿De dónde venían los libros que había en los librerías de mi casa de niña? Mi madre había dispuesto algunos para mi hermana y para mí. Nuestro favorito era *La hormiguita se quiere casar*, en formato tabloide, con dibujos preciosos en los que la hormiguita se dispone a encontrar marido luciendo una cinta y un poco de perfume; el que resulta ganador, pues todos los anteriores pretendientes tienen un pero, es el Ratoncito Pérez. El libro tenía una particularidad: había sido de mi madre cuando niña, era un regalo de sus tíos para Reyes. Lo mandaban desde Madrid, donde vivían; pues la familia de mi madre había venido a México durante la Guerra Civil española. Llevaba dedicatoria: *Para Charito, de sus tíitos, Reyes 1939*. Me gustaba suponer que mi madre había sido una niña como nosotros, aunque me resultaba difícil creerlo.

Porque la huella de la procedencia de aquellos primeros libros con los que pasábamos horas y a los que hasta nos atrevíamos a pintar con crayolas (el de la hormiguita no) delataba su origen, tuve la certeza de que los libros venían de lejos. Lo constaté cuando en el primer Reyes del que tengo memoria y de allí hasta la adolescencia, también llegaron libros para nosotras. Títulos curiosos: *Viaje a la Patagonia*, *Papelucho en la clínica*, *Pinocho* y *Chapete*. Libros de pastas opacas. Un niño con un termómetro en la boca, estampas de colores de unos exploradores, un muñeco de madera y un huevo con piernas. Libros ligeros de Ediciones Calleja. Libros que tocaban a la puerta envueltos en papel y con un cordel que los retenía y permitía cargarlos. Libros que llegaban fuera de fechas y que se parecían más al mito de su procedencia: unos Reyes Magos viajeros. Sabíamos que llegaban por barco. Mamá lo recalca pues se emocionaba



porque aquella tradición que de niña mantuvo el lazo con sus tíos, los hermanos de su madre que permanecieron en Madrid como perdedores de una guerra, siguiera.

Por eso los libros para mí fueron objetos aventureros —aún no entendía que eran también asideros del origen—; los imaginaba sorteando los avatares que podían desviar su camino. Me parecía absolutamente mágico que llegaran desde una casa donde vivían unos señores a los que no conocía, pero de quienes la abuela hablaba, a mi casa en una ciudad que ellos no conocían. ¿Cómo sucedía esto? ¿Cómo llegaron desde Madrid a la costa? ¿En tren? ¿Con qué otros bultos viajaron? ¿Se habrán llenado de olores? ¿Cómo es que no se rasgó el papel que los protegía? ¿Cómo es que sortearon los meneos del mar, el agua que seguramente se deslizaba bajo las puertas? ¿Dónde viajan los libros en un barco? Los imaginaba en el sótano, con otras cajas, trebejos, baúles. Por eso, el que llegaran a casa azuzaba mi asombro. ¿Cuántos días tomaba el viaje desde España a México? Mamá me había

contado del barco en el que llegó: el Orinoco, en el que salieron de Marsella. Tenía cinco años pero recordaba la fiesta de disfraces, el concurso para comer “rosquillas” que pendían de un hilo, la comida que les supo a gloria, y el disparo. Un hombre muerto en un camarote. Silencio alrededor de aquello. La abuela desviando las respuestas, al fin y al cabo venían de un país en guerra. Pero los libros que llegaban a casa, a pesar de que una guerra había impuesto la distancia y la necesidad de retarla con esos intermitentes envíos, no estaban cargados de tragedia. Ni mi madre ni mi abuela lamentaban el hecho de que estos regalos fueran recordatorios de un destino que no habían decidido. Cuando mamá decía que venían desde España como había ocurrido con los suyos, a veces imaginaba que los libros eran el barco, que flotaban sobre las olas; una pequeña torre altiva meciéndose y despistando pelícanos, y a los pescadores que lanzaban anzuelos donde las palabras nunca se enredaban, porque las hojas llegaban completas a casa con sus vosotros y

habéis, y las fotos que se “hacían” y los dedos que se “pillaban” y los huevos fritos y los pelmas y los horteras y las morriñas y el enfado, y el mundo de palabras que hacían eco con las que escuchaba en casa, sólo en casa, como si habitáramos un castillo de otro tiempo con un lenguaje que afuera se debatía por defender el pijama de la piyama. Sutilezas.

Cuando tenía nueve años llegó un paquete distinto, no fue de Reyes y no fue para mi hermana o para mí. Por ser mi cumpleaños, mi madre había pedido que me enviaran los libros de Celia que escribiera Elena Fortún. En las meriendas del Sanborns de la calle de Salamanca, mi abuela y ella se emocionaban recordando esas lecturas en la edición de Aguilar sobre una niña madrileña que tendría —ahora me queda claro— una edad intermedia entre mi abuela y mi madre. Mi abuela los había leído en Madrid, mi madre en México, y ahora obsequiaban a mi solitario regocijo sus horas de disfrute lector en aquellos libros con pequeños dibujos de una niña rubia con bucles, de unas señoras que usaban guantes y vivían en el barrio de Salamanca, del negrito Maimónides que trabajaba para ellos y la cocinera Benita que era de algún pueblo, de la gata Pirracas y el hermano Cuchifritín. Un

mundo doméstico que así contado, desde Celia, parecía extraordinario. El asombro y el humor descifrando el mundo. Desde *Celia niña* hasta *Celia madrecita* (pues se queda huérfana) disfruté cada uno de los momentos. Me hice de una amiga que no podía compartir con nadie, porque sólo hasta hace poco me he topado con lectores niños de aquella saga. Celia me llevó a España sin que yo lo notara, anduve por otras calles y otras costumbres que me eran familiares como si no mediara un océano. (Muchos años después, a la muerte de Franco, se publicaría la novela póstuma de Elena Fortún, exiliada en Argentina: *Celia en la revolución*, que de nuevo, desde la España que celebraba la libertad, llegó a mis manos cruzando mares). Me pregunto si esas lecturas que venían de otras geografías y ese llevarme de los libros a otros lugares hicieron de mí una anhelante del viaje, una errabunda.

Aquel mismo año en que Celia tocó a la puerta, descubrí lo que producían los libros, ese arrebatarlos de nuestra circunstancia y tomarnos para ellos. En mi cama con hepatitis, *Robinson Crusoe* me llevó a los mares del sur y fui náufrago y mi cama una isla, tuve sed, y bebí el agua que resbaló por las hojas de los árboles y sufrí cuando los barcos no respondieron a mis señales. A

Crusoe finalmente lo rescató un barco, a mí el recuento de Defoe me rescató del tedio y la inmovilidad a la que obligaba el virus. Fueron otra vez los papeles navegantes los que acercaron un mundo lejano en el tiempo y en el espacio. Debe de ser porque los libros venían de lejos y venían por agua, que la literatura de faros y puertos y mares me llama la atención. Bradbury con aquel solitario animal del mar que encuentra en la intermitencia de un faro el ojo de un igual, Conrad y *El corazón de las tinieblas*, Mutis y *La última escala del Tramp Steamer*, García Márquez y *El amor en los tiempos de cólera*. Será porque soy de tierra adentro, de ciudad hundida en un valle, que el mar siempre fue el horizonte de otros mundos, el vehículo para la imaginación, la nostalgia, la procedencia. Aquel que los relatos familiares remontaban para disimular los miles de kilómetros de distancia. Los libros viajeros confirmaron que lo lejano se podía quedar en casa.

Ya Proust ha dicho que los libros son lupas, magnifican lo que nos puede pasar desapercibido. Pueden ser microscopios que acercan el detalle, que agrandan lo pequeño. Y son desde luego telescopios que acercan lo lejano: astrolabios, brújulas, boyas para navegar lo incierto. **u**

